

El Valle de las Hamacas es una novela de Manlio Argueta. Manlio Argueta es un intelectual del núcleo de escritores y poetas que aparecieron en 1956 y que inauguró nuevos rumbos en la literatura salvadoreña. Ese núcleo se inició en el Círculo Cultural Universitario. La novela trata de los problemas salvadoreños de los años sesenta por decirlo así, en ella está el pensamiento de muchos salvadoreños que en esa época tratábamos —y que aún tratamos— de transformar nuestra sociedad con una revolución nacional, democrática y anti-imperialista; también se encuentran en ella ciertos enfoques o collages

*La*  
*Pájara Pinta*  
número 56

RESPONSABLES:

José Roberto Cea  
José María Cuéllar  
José Roberto Monterroza hijo  
Alfonso Quijada Urías



**e**



**Va  
lle  
de  
las**

# **H**amacas

del pensamiento reaccionario, así como el pensamiento confuso de la clase media que no sabe que hacer, que su chatez mental no la deja moverse hacia ningún lado y cuando lo hace es para terminar más comprometida con su posición intermedia, de dependencia absoluta. De esa clase media sale la mayoría de personajes de este Valle de las Hamacas;

donde unos para evitar su medianía y otros por adquirir notoriedad, se enrolan en aventuras políticas "rebeldes" que terminan en fracasos, en verdaderos desastres. Esos fracasados seres luego se convierten en traidores, simuladores o colaboracionistas con las fuerzas que antes dijeron combatir. Ellos son los que no pueden ocultar su identidad con el



uso de la tercera persona, ni pueden ser nada aún empleando la primera persona del pronombre personal... Tú lo sabes, Manlio, porque eres un hombre lleno de vida, embriagado de ella, la amas de verdad, con las privaciones que da y la abundancia que roba, estás acostumbrado a todos los extremos, por eso tu novela es una enorme visión de nuestro país, no una pesadilla. Por eso tu no eres como esos piojos que se visten de generales y de dioses pero que en el fondo son mendigos, y eso es precisamente lo que denuncias en tu novela. Ello se logra viviendo aparte y en el centro de la vida. Creo que por ahí anda nuestra pasión por crear una verdadera literatura nacional. ¿No es lo que te hizo escribir El Valle de las Hamacas?

M. A.—En algunos aspectos no estoy de acuerdo contigo, Roberto, sobre todo en admitir que el fracaso sea una negación; debemos ver esto en su perspectiva: el aventurerismo es el primer paso para la consumación de hechos históricos sobresalientes. Mirá a todos esos aventureros que han conformado nuestra sociedad, y no te cito ejemplos para no crear repeticiones. No aventurarse es ponerse cadenas.

En cuanto a lo de la clase media (con todo lo vulgar del término) debemos tener más cuidado; aún hay más casos que ver en este mundo cambiante donde cualquier cowboy llega a presidente por la fuerza de sus pistolas. Debemos esperar algo más de la clase media. La clase media podría ser el

fulminante que hará estallar la explosiva contradicción que vive la sociedad latinoamericana. Pero acerquémonos más a El Valle de las Hamacas, tú dices que es una gran visión y no una pesadilla, pero resulta que por estar ligada a realidades nuestras no podría decirte hasta donde algunas cosas no llegan a ser una pesadilla. ¿Acaso no es una pesadilla el asalto a la Universidad —contenido de la novela— no obstante a que estas luchas se convierten en acto común y cotidiano de las fuerzas gobernantes de América Latina? Esa realidad, esa visión, por formar parte del problema político planteado entre la fuerza represiva y la cultura, no deja de ser una pesadilla. Alejandro, el héroe de la novela, no será jamás un traidor mientras subsistan las condiciones de miseria y atraso en nuestros países. Precisamente lo verás en una segunda novela que tengo en preparación; Alejandro ha cambiado mucho desde El Valle de las Hamacas pero será todo, menos un colaboracionista. No podemos permitirnos dudar de Alejandro porque éste es la expresión de un tiempo, los cambios de visión en el personaje se darán —sólo entonces podemos permitirnos esos lujos— cuando haya una transformación de nuestra situación política; pero bien, esto es parte de otra historia que solamente podemos planteárnosla en la teoría... a nosotros, a vos Roberto, que trabajamos con esa maravillosa arma creadora de la fantasía... para crear verdaderamente nos queda una sola posibilidad: ser veraces con nosotros mismos, escudriñar bien nuestras

realidades; por ahí irá conformándose eso que llamas **pasión**, así crearemos una auténtica literatura nacional. En el Valle de las Hamacas te encuentras tú y se encuentran todos los seres **diferentes** como dice uno de mis personajes, que puede ser cualquiera de los escritores jóvenes que han conocido la corona de rosas de nuestras dictaduras motorizadas.

J. R. C.—En cuanto a tus planteamientos de la clase media no estoy muy de acuerdo, pero en fin, eso no es determinante. Pues nosotros venimos de ella y cada quien tiene su corazoncito.

Es más importante decir que en tu Valle de las Hamacas, me encontré de nuevo como yo era en los años sesenta. Con fallas de carácter, menos individualista, menos egotista, más egoísta, lleno de debilidades, que se yo... Tu mismo te estás burlando de aquella actitud tuya, llena de individualismo, pura rebeldía, metafísico revolucionario como los que abundábamos en esos años de la tiranía de José María Lemus. Claro, hoy no somos, no eres reaccionario, sino un auténtico revolucionario, todo creador lo es, sobre todo en países subdesarrollados, donde nuestra labor de escritores se ve sospechosa, casi con pánico por uno y otro bando. Estás en el centro y muchos no entienden esta pasión, vida y muerte. Te quieren lleno de ignorancia, supersticioso, fanático, intolerable, inculto, pasivo. De ahí que tu Valle de las Hamacas ponga la llaga en el dedo y que-

# DIÁLOGO con Manlio A rgueta Diálogo go con Manli o Argueta Di ARGUETA





me ese dedo y todos se sentirán aludidos, ya verás, ojalá las "buenas conciencias" te incendien ese Valle, así tienes —aún más— oportunidad de que se bañen en su propio vómito literario o literal.

M. A.—Sin discusión alguna estamos en el centro, en el centro de algo que se desmorona, mejor dicho en el foco del sismo y se hunde todo a los pies, nos hundimos indefectiblemente y no queda otro camino que luchar por la salvación. Vivimos en un pantano o vivimos en un edificio ruinoso, es igual. En esas circunstancias el escritor por razones de sensibilidad, no puede ser individualista; en la época de Lemus, cuando más de alguna vez nos vimos privados de libertad o fuimos expulsados del país, yo no creo que algunos hayamos sido individualistas, ni simplemente rebeldes, cumplimos una misión de acuerdo a nuestras posibilidades. Era cuando apenas comenzábamos a escribir poesía y los años violentos del 59, 60 y 61, que casi nos pusieron al borde de la revolución, nos obligaban a ocupar todo el tiempo a responder con la violencia, apenas si pudimos publicar una antología de poetas jóvenes de El Salvador, ¿recuerdas? En tales circunstancias nos comprometimos a hacer la revolución con la fuerza de las armas, quizás porque no teníamos fuerza para el esclarecimiento. Esto debemos aclararlo: se nos planteó la posibilidad de ser militantes de la acción; y después, guerrilleros de la palabra. Digo es importante en nuestros países con

un promedio de 70% de analfabetismo y con un nivel cultural que llega a lo salvaje, por eso no es raro que cualquier señor se erija en dueño de las vidas y pueda disponer libremente lo que se le antoje: incluyendo el asesinato. En nuestros países donde no sólo se justifican las muertes (suena raro esto de justificar la muerte, pero aquí se vale todo) sino que se jactan de ese poderío criminógeno: ese es el señor presidente que gobierna a nuestras republiquetas. Todo, producto de un bajo nivel cultural. Aquí es donde debe entrar el escritor a jugar su papel, tomar conciencia de una misión rescatadora para salir del primitivismo, del aislacionismo. Hacer ver que algo más pasa en nuestros países de lagos, montañas y pantanos; también aquí se vive y una vida de nuestras vidas es tan valiosa como lo puede ser la vida de un perro en un país desarrollado.

Desde ese punto de vista, El Valle de las Hamacas viene a ser un grito en el cielo: ¡señores, aquí también se vive de alguna manera! Y ya vas a ver como apuntalamos este desmoronamiento: vamos a construir para que otros destruyan y se dé así el ciclo histórico. ¿Es esto revolucionario o reaccionario? Yo te respondo: es coadyuvar para que nuestras sociedades dejen de ser instrumentos de explotación, simples medios para el consumo de los buenos samaritanos países desarrollados.

J. R. C.—Yo sé, yo comprendo que cuan-

do escribes quieres transformar o enseñar a transformar esta sociedad, no componer una que apenas está desarrollándose en el socialismo, como sucede con ciertos escritores latinoamericanos que escriben y viven en Cuba o en otros países socialistas, que critican desde ahí a estas sociedades y sus grupos políticos o tratan de componer al socialismo y eso, por supuesto, ellos lo llaman ser revolucionarios. Yo te pregunto ¿crees que esa actitud es revolucionaria?

M. A.—Te has propuesto hacer planteamientos complicados: bueno ya te he dicho: nuestra misión como escritores es edificar algo y otros serán los encargados de transformar —en planos distintos— con base a lo hecho por nosotros; sin embargo, no se me ocurre cómo a cualquiera de nosotros podría transformar un país que no es el nuestro, sea éste socialista o capitalista; y cuando digo "nuestro" me refiero al que uno toma por adopción, pues no vas a negarme que, por ejemplo tu, habiendo nacido en El Salvador, podrías ser un estadounidense, toda vez que tomes a Estados Unidos como base social —y si lo permiten— para desarrollarte en lo que eres aquí: escritor consciente de lo que tienes que hacer como tal; lo mismo podrías hacer en Chile o Argentina: ¿por qué dejarías entonces de ser o no ser revolucionario?

J. R. C.—De acuerdo contigo. Creo que estamos en lo mismo pero en diferentes ni-

**porjosérober  
toceaporjosé  
robertoceapoc  
rjosérobertoc  
eaporjosérob  
ertoceaporjo**





veles o glándulas. El problema es de honestidad, de autenticidad en nuestras posiciones. ¿No crees?

M. A.—Claro, porque no vamos a caer en ese menjuge lírico de que la patria es el lugar donde nacimos y toda zarandaja; nosotros nos desenvolvemos en un medio social y en ese medio es donde tenemos mejor relación comunitaria; desde este punto de vista, tu conducta tienes que ceñirla —no sólo porque tu lo quieras sino porque así lo exigen las leyes sociales— al lugar donde casualmente has nacido. Esto parece contradecirme pero la verdad es que se puede conocer igualmente un medio distinto al de donde has nacido. Si por casualidad yo llegara a vivir en Chile o Argentina, siguiendo con el ejemplo, y ser miembro de la comunidad chilena o argentina quizás tendría propósitos de componer estos paísitos centroamericanos pues algún chirajo de relaciones sociales me habría quedado. ¿Por qué tendría que ser distinto si viviera en Cuba? Por otro lado, no puede haber acción revolucionaria sin discusión revolucionaria...

J. C. R.—Aún más de acuerdo. No debemos buscar lo epidérmico, la publicidad, sino ir a la raíz, tratar de llegar al fondo de las cuestiones; porque no debe interesar esa retórica del internacionalismo proletario en boca de ciertos "especímenes revolucionarios", esa lacra rebeldoida, pura burocracia que busca sólo su comodidad, es decir, que le paguen viajes para ser solidario con la "revolución mundial". Eso no cuenta para nosotros, nosotros somos solidarios porque sí, porque necesitamos ser solidarios con Viet Nam, con los que están siendo agredidos, y no buscar con ello viajecitos de placer a reuniones mundiales o algo por el estilo...

M. A.—Recuerda cuando escribimos nuestro libro conjunto de poesía: De Aquí en

Adelante, todo el barullo que formó en todos los sepulcros pálidos del país; ahí dijimos sobre nuestro techo de vidrio y retamos a que se nos lanzara la primera piedra y todas las que quisieran; y si la piedra viene de algún compañero que vive en Cuba, ¿por qué debemos hacer distinciones? Es decir, no veo como el hecho de hacerlo desde Cuba o desde cualquier país socialista vendría a variar las premisas.

J. R. C.—¿Pero nos interesa esa definición del revolucionario? ¿Puede a eso llamarse literatura revolucionaria? A mi no me interesan las definiciones de este tipo, pero hay una recua de jóvenes que se dejan influir y creo que es necesario poner algo en claro o continuarán las agresiones gratuitas y sin fundamento, aunque son necesarias, yo sé, pues eso nos hace sentirnos vivitos y co-leando...

M. A.—No veo donde podría estar el problema y si hay jóvenes influenciados por una u otra posición es porque algo anda mal en uno u otro bando. No podemos permitirnos ser intocables a ninguna hora del día; si nos hemos convertido en los francotiradores de la palabra tenemos que correr el riesgo que eso conlleva. ¿Qué más da? La aparente contradicción entre nosotros quizás se deba a no haber delimitado cuán revolucionario puede ser un escritor, qué debemos entender por escritor revolucionario...

J. R. C.—Permíteme interrumpirte luego te doy la guitarra. Quiero afirmarte que esa literatura no nos sirve o esa actitud no nos sirve a los creadores que en estos países estamos exponiendo el pellejo a los enemigos del hombre. ¿Qué opinas? ¿O es qué cuando escribías El Valle de las Hamacas lo hacías pensando en la creación o en la salvación? Creo que no pensabas más que en recobrarte para luego seguirte perdiendo. Ni

pensabas en escribir esa novela para copular con los muertos o con todo tiempo pasado fue mejor, como les gusta a ciertos escribidores "disciplinados" y "buenas conciencias" o con los "revolucionarios" habladores de la revolución, que creen que basta tocar a Dios con las manos sucias para sentirse muy seguros de su actitud, muy ejemplares... ¡Puro subdesarrollo! Como te has enterado es un almacigo de preguntas-planteamientos, las que te encargo, pero es terreno fértil donde pongo las semillas...

M. A.—Te decía que había una aparente contradicción por que no hemos llegado a puntualizar, a definirnos, pese a haber estado tanto tiempo compartiendo las mismas luchas desde las iniciadas en un cuarto de la clandestinidad hasta las que terminamos en una celda policíaca. Era cuando siendo ya los iniciadores del Círculo Literario Universitario con Roque Daltón y Roberto Armijo, poco tiempo nos sobraba para dedicárselos a la poesía —nuestro punto de atracción estética— éramos entonces distintos; ahora, Roberto, mucho ha cambiado pero no por eso dejamos de tener similar actitud honesta, han cambiado los planos: antes eras más un activista, ahora eres más un escritor, somos escritores; desde ese punto combatimos. Bueno y tú sabes todo lo que hemos tenido que pasar para sobreponernos al medio, la lucha no ha dejado de ser menos difícil, es igualmente complicada si en verdad nos proponemos —y lo estamos haciendo— ser coadyuvantes en la transformación, en el plano que como escritores nos corresponde. Las dos posiciones: la del 59-60-61 y la actual igualmente honrosas. Cuando escribí El Valle de las Hamacas, te lo digo sinceramente, no había tomado conciencia clara sobre la definición esencial antes planteada; era creador, lo importante, el mismo creador de antes que ocupaba su tiempo en otras cosas. No por eso seríamos menos honestos; luego,







jamás podríamos pensar en una "salvación" que viene a ser una perdición y una pudrición.

J. R. C.—Cuando yo mismo me respondo ciertas preguntas, no es que esté satisfecho con ellas, sino precisamente lo hago para enriquecerlas, así tu les das respuestas con nuevas preguntas. Sucede que nuestras respuestas son preguntas. Nuestros planteamientos son como el mito de Sísifo, —a quien no conozco— ya casi estamos llegando cuando resulta que es el principio y a empezar de nuevo otra vez. La piedra se nos viene encima. ¿No es precisamente lo que te ha pasado con tu Valle de las Hamacas? Tu novela marca un hito como diría con un lugar común un crítico tradicionalón, pero además creo que a ti no te satisface aunque a nosotros nos "endulce" el gusto. Y esto precisamente porque todo creador es un eterno inconforme que no está de acuerdo con lo terminado. Siempre quiere más y más hasta el infinito. Si para ti es todo lo contrario, dilo.

M. A.—Te venís con un montón de preguntas que no sé como orientar las respuestas, me gustaría centrarla sobre si El Valle de las Hamacas marca un hito: creo que nos hemos obligado a darle nuevos rumbos a la creación artística en El Salvador, ser menos injertadores europeizantes, menos predigitadores formales; hay algo muy valioso que explotar, la vida y los pantanos de nuestras republiquetas deben hacerse trascender, muchas veces se necesita valentía, pero las más de las veces es necesario un poco de conciencia sobre el trabajo que debemos realizar; no hay novelistas en nuestros países, el nuevo novelista centroamericano comienza a

aflorar como producto de la nueva cultura latinoamericana de la cual no estamos tan aislados como antes: Claribel Alegría, Lisandro Alfredo Chávez, Julio Escoto, Sergio Ramírez. En El Salvador después de Jaraguá de Napoleón Rodríguez Ruíz y algunas novelas de Hugo Lindo ¿Qué hay? Además ¿Qué nuevo aportaron éstos? Hablando sinceramente, ¿qué podemos sacar de ellas? Llegarán a ser títulos más que engrosen la guía telefónica de nuestra literatura nacional? Bueno, vos sabés bien que no ha pasado mucho tiempo y estamos aislados de nuestra generaciones precedentes, no tenemos un basamento cultural como en cierta medida ha ocurrido en Guatemala y Nicaragua, de tal manera que nos encontramos en pañales, quizás Chico Gavidia y Peralta Lagos representen mucho; pero todavía están empolvados en los estantes de los ancianos que quieren vivir más de ilusiones que de realidades; por este lado nos correspondería hacer un estudio crítico serio, funcional, rescatador, ¿quiénes harán esto sino la nueva gente que se está formando? Todas ellas —fenómeno admirable en El Salvador— desde la promoción del '56 hasta las presentes alineadas con verdadera conciencia de lo que debe ser el artista como creador en función del esclarecimiento, lúcidos sobre nuestros problemas; esto permite que exista en todos los núcleos jóvenes una concepción estética catalizadora; desde tal punto de vista, el fenómeno cultural en El Salvador tiene una gran ventaja y quizá por eso sea el más interesante de Centroamérica: Claribel Alegría, publicada en Seix Barral, Roque Dalton en Casa de las Américas, Alvaro Menen Desleal editando sus cuentos en Sudamérica y representando sus obras en Alemania, Alfonso Quijada Urías en Casa de las Américas, Roberto Ar-

mijo colaborador de "Imagen" en Venezuela, tú, José Roberto, con dos libros editados en España, traducido al alemán y francés; y ya verás con los que nos sucedan, nosotros vamos a ser el antecedente para que se haga la obra relevante que nos saque del estado salvaje al semi-salvaje y quizás a la civilización.

J. R. C.—Continuando con tu novela, Manlio, ¿cómo la ves a tan pocos meses de escrita y publicada en Buenos Aires por Editorial Sudamericana? Aunque es un tanto obvia la pregunta por cuanto ya dije que escribimos sabiendo de antemano que estamos vencidos por los mismos deseos de captación totalizadora, casi totalitaria como diría un empleado subterráneo de la CIA. Pero es de interés saber tu posición al respecto.

M. A.—En verdad tiene más de dos años de escrita; te habrás fijado que casi no hemos dicho nada de El Valle de las Hamacas, trato de hacerla a un lado, olvidarme de ella y sólo he podido ligarme a ella al escribir una segunda novela donde aparece de nuevo Alejandro Rodríguez, la cara de la otra moneda. En El Valle de las Hamacas hay alguna influencia no muy lograda de Corín Tellado y desde ese punto de vista siento cierta frustración; por otro lado, siempre he sabido desligarme de mi obra anterior; sólo la disfruto cuando la estoy elaborando; de ahí viene mi renuencia cuando se trata de leer poemas en público o cuando los edito, se me acelera la circulación, me pongo nervioso, como se dice. Para mi es una tortura leer un poema. Cuando revisé las pruebas de El Valle de las Hamacas, sude frío; es una insatisfacción innata que, creo, contribuirá a mejorar mi obra creadora. Jamás me siento



satisfecho de lo que hago. Mucho de lo contenido en *El Valle de las Hamacas* son vivencias y desde ese punto de vista puedo comentar sin ninguna dificultad el significado de la novela y confundirlo con la vida propia nuestra, nuestros problemas. Yo sé que la obra de arte no puede ser un reflejo de la realidad, se trata de otra realidad, hermana gemela de la primera; por eso no hago distinción entre el Alejandro Rodríguez que aparece en *El Valle* y el Alejandro Rodríguez que circula por las calles de San Salvador.

J. R. C.—Como te has expresado de una manera nítida, algunos creerán que eres de los de ellos, por ejemplo los virtuosos-bárbaros que hacen de las excepciones las reglas, de las técnicas expresiones trogloditas, de la balística del verba una semántica que sólo lleva a una salida, la tecnocracia, positivismo crudo y mal oliente; pero los remito a las páginas del *Valle de las Hamacas* o a nuevas palabras tuyas. ¿Qué dices?

M. A.—En resumen yo creo que el problema entre el humanista y el tecnócrata, burócrata cerril y dogmático es igual en todas partes de América Latina y ello se debe a que no hay científicos en los Países del Tercer Mundo, de ahí que tengan conciencia de ensamblaje, mezcladores de jarabes con sustancias aromáticas y repetidores de libros mal traducidos; de ahí parte el problema entre humanismo y ciencias naturales; mientras dentro del primero América Latina marcha hacia un puesto de avanzada, en lo segundo todavía estamos creyendo en la inmortalidad del cangrejo; todavía pagamos por ver microbios a través del microscopio así como

pagan en Macondo por tocar una marqueta de hielo. Todavía no hemos salido de la época del imán natural y cualquier fábrica de clavos es un escándalo mayúsculo; claro, quienes detentan estas posiciones civilizadoras jamás van a ver más allá de la capa del torero; por eso les será difícil comprender el fenómeno de la relevancia humanista, especialmente en la rama de sus creadores. Para que lleguen a comprender lo que es el hombre en su integridad antes correrán ríos de sangre. Para ellos la cosa es más difícil; bien, vos que siempre has tenido una beligerancia en contra de los tecnócratas, lo sabés mejor.

J. R. C.—Después de tantos planteamientos alrededor, o en el lejano perímetro del Valle de las Hamacas, los lectores se preguntarán qué es, dónde está, y por qué ese título de una novela que señala de manera clara a un novelista de sangre, a un escritor preocupado por su torre de marfil y su función social, a un escritor que ha sabido compaginar las experiencias formales de la novelística latinoamericana actual con las tradicionales formas de novelar, que ha sabido captar el espíritu de una época de un país que muchos confunden, como lo digo en mi poema *El Potrero*, con una isla del Brasil y con la tierra primera que pisó Cristóbal Colón. El Salvador pues, es el Valle de las Hamacas, pero *El Valle de las Hamacas* no es *El Salvador*, ni sólo su capital, sino las magníficas páginas de este libro que obtuvo el premio único del certamen centroamericano patrocinado por el Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA). Después de ese

propagandón madre, Manlio, quiero que nos aclares. ¿Me equivoqué al hacer esa distinción de Valle con Hamacas, Hamacas con San Salvador, *El Salvador* con tu libro, tu libro contigo ¿O todo es lo mismo?

M. A.—*El Valle de las Hamacas* es *El Salvador* y también es Centroamérica; quise aprovechar ese nombre tan ambiguo que le pusieron los conquistadores a la zona donde se asienta la ciudad capital; nuestro país, con una extensión de 20.000 Km<sup>2</sup>, cuenta con un volcán por ciudad, de ahí que todos los salvadoreños vivimos en las faldas de los volcanes o al pie de ellos, con un terremoto cada fin de semana, el nombre no podría estar más apropiado; y las fuerzas telúricas han conformado nuestro espíritu, vivimos en un eterno estremecimiento en todos los órdenes de la vida; nuestras leyes cambian según el carácter con que amanecen los legisladores, y por supuesto, según las órdenes que emanan del señor presidente quién a su vez, según esté de buen o mal humor, implantará la pena de muerte o hará recaer la carga impositiva sobre aquellos que apenas alcanzan para no morir de hambre; es decir, sobre la mayoría de los salvadoreños. Bueno, si no lo hace viene el estremecimiento. He ahí nuestra idiosincracia. *El Valle de las Hamacas* es algo más que un punto geográfico, es toda una manera de ser, es la conciencia nacional; es eso de saber que vives porque te perdonan la vida; la vida de muchos en propiedad privada de pocos en nuestro país y el que ahora manda, mañana estará caído y de héroe nacional pasa a siervo de la gleba y así ad infinitum como dos espejos frente a frente.



A uno y otro lado de la baronesa los árboles de ramas bajas se arrastran por el peso de las naranjas; cuelgan flores de los cercos, serpentean en la espesura, se introducen en las cuevas de los animales, bajan por las hondonadas. La baronesa traquetea. Ramón López no se cansa de mirar, adelante, el camino de tierra interrumpido por piedras sobresalientes que hacen saltar el vehículo; atrás, las nubes de polvo, la carretera lejana que bordea la sierra. Un anciano descansa su cabeza sobre el pecho mientras duerme. El camino recto apenas si hace que el viejo se balancee y dé pequeños saltos cada vez cuando el vehículo choca contra los pedruscos. El duerme por todos, piensa Ramón López después de escudriñar el rostro aletargado de cada uno de los viajeros. El sueño es una manera primitiva de morir.

—Sí, hemos llegado a San Pedro —el viejo se restriega el rostro con el dorso de la mano.

—¿Conoce la pensión Primavera?

—Ahí para el bus...

Los ayudantes comienzan a descargar. Ramón López ayuda al viejo a dejar el bus improvisado y lo ve alejarse entre las ventas callejeras. Comete un pan a mi nombre. Así

brincan más que una yegua chúcará. Y vos que pensabas echarte a dormir unas diez horas.

—Llévalo a la número doce.

Y se fue siguiendo al criado por el corredor estrecho flanqueado con piezas numeradas.

—¿Dónde está el baño?

—En el fondo, váyase recto... sí... no... sí, a la izquierda.

A la puta, dónde diablos me habré metido y con estas ganas de mear que tengo.

—¿Siempre hace calor en San Pedro?

—No; ahora está haciendo frío.

Venía del Encanto, en las estribaciones de la sierra; ahí donde las alas de las palomas se congelan y hay que darles calor con el aliento y quedar con la garganta irritada. El patio lleno de aves agonizantes que llueven del cielo. Su mujer y sus hijos menores haciendo ah-oh-ah bajo de las alas; comienzan a pestañar los ojos de las palomas y a mover sus plumas hasta que se sueltan de las manos y alzan vuelo por sobre las agujas más altas de los pinos.

No tenía hambre pero salió a dar una vuelta con intenciones de comer y averiguar el horario de las baronesas. Armó viaje para la madrugada. A las cuatro de la mera mañana lo vamos a despertar. No durmió nada en espera del claxon ronco de la baronesa que lo llevaría a Tegucigalpa. Le voy a pagar la noche por adelantado. ¿Cuántos días va a estar? No sé aún, de todas maneras aquí tiene el pago. Y sacó de sus bolsillos los pocos lempiras que le sobraban de su viaje desde Nicaragua.

La mañana entre los agujeros de los árboles. Cruje la mañana sobre las hojas secas, las hojas amarillas, las hojas pálidas, las hojas muertas semienterradas en las grietas del suelo; la mañana a paso de tigrillo aplasta los últimos vestigios de lo que fueron verdes árboles; flores rojas que se desprendieron de las ramas altas, flores moradas que bajaron como paracaidas y tardaron años en caer a tierra, destruida ahora por el paso de todo lo que camina. En las piedras salta la poca luz que logró filtrarse por entre el follaje cerrado; como los saltamontes brincan los agujeros de la claridad mientras arriba tiemblan las hojas de la montaña. Grita la urraca y toda la selva se estremece sacudiéndose las últimas frías gotas de la humedad nocturna. Por

# El las Hama



# Valle de cas

caminás vos, encorvado, con cien años en el lomo. O con cincuenta, pero es el mismo paso, las mismas arrugas, la misma nariz de águila, los ojos hundidos hasta llegar al otro lado. ¡Sueño más cabrón el que tengo!

—Me da su cédula...

—¿Es necesario?

—Sí; hay que llevarla al resguardo... mañana se la devuelvo.

Le dijo al pensionero ahorita no se la puedo dar porque la tengo refundida en la maleta. Además estaba cansado. Mañana se la doy. ¡Huevos! Te tocará seguir en la brega Ramón; casi tres días de viaje, unas veces a pic y otras en estas baronesas de mierda,

... y en verano es peor.

—¿A qué hora sale la primera baronesa para Tegu?

—Ya le traigo la toalla y el jabón.

¡Pendejo! Minutos antes había colocado las maletas en una mesa de pino, el criado acomodó una sábana a todo lo ancho del catre y cambió de funda a la almohada. Ramón López le vio hacer los arreglos sin preocuparse más de su viaje. A qué horas sale el bus para Tegu. Porque no me voy a quedar aquí para entregar mis documentos al resguardo.

—Si necesita algo me llama.

—Me trae la toalla y el jabón.

un claro de la montaña se ve a los lejos, prendidas en la serranía, el destello de los enlaminados de los cascos de hacienda. Bandadas de codornices salen entre los promontorios de hojas secas y vuelan con un ruido de alas que hacen romper la calma. Un aullido cerca y los tepescuintles salen a romper la tierra floja de los paredones; los armadillos se esconden en sus corazas y el gato montés de rama en rama se confunde con la alharaca de los micos. Los hombres espantan a los animales.

—Silencio —dice el más viejo de todos, marchando adelante—. Silencio —repitió como una campana; hizo girar la cabeza y pudo ver a Alejandro que se había quedado



extático a unos cinco metros de distancia. La voz repitió silencio-silencio-silencio hasta perderse en la espesura.

Atrás de Alejandro, Santiago respondió automáticamente a la parálisis de Alejandro. Se recostó sobre un árbol de liquidámbur con la culata del fusil descansando en el suelo; hizo un movimiento brusco cuando un saliente de la corteza se le metió en la espalda.

Silencio —ahora fue el grito de Alejandro. Y se acomodó el winchester que le colgaba del hombro.

—Hacen más ruido ustedes —protestó Santiago.

—A la puta con vos. Alejandro que había permanecido como una estatua dio una vuelta para responder encolerizado.

—Esta es una selva.

El Chatío apareció unos metros atrás y

no detuvo su marcha sino hasta llegar donde el viejo permanecía, sin mover un solo músculo, atento al más pequeño ruido. Era el hombre de avanzada, viejo campesino que se había ofrecido como guía, el hombre a quien confiaban su vida, cuidadoso hasta para dar un paso cuando su instinto le ordenaba ponerse en guardia. “Son burros” —musitó cuando el Chatío se hubo acercado. Sacudió la ceniza de su tabaco. La cabeza giraba como la de una serpiente tratando de ubicar sonidos, persiguiendo al viento del valle. El sonido se hizo más perceptible. El joven le miró atento esperando una explicación. “En estos lugares los burros llevan cencerros”. Siguió adelante hacia la hondonada. Abajo bullían los techos según izaba el sol su tela pálida sobre los montes. “Me adelantaré” —dijo en voz queda al viejo. Miró hacia atrás y sus ojos volvieron a ubicar a Alejandro siempre firme, ahora había bajado al suelo la culata del winchester; y más allá, Santiago seguía recostado en el liquidámbur.

El Chatío se zafó el Bar de la espalda y

al llegar a la hondonada se echó a tierra. “Oh...” —susurró quedamente. Puso su mejilla sobre la culata del Bar; sus ojos le brillaban al reflejar la luz del valle, los destellos de las casas-hacienda ubicadas en las estribaciones de las sierras azules que arañaban el cielo.

—No hay ninguna duda —dijo el guía a Alejandro.

La tensión existente en el grupo iba desapareciendo poco a poco.

¿Duda de qué?

—Son burros... ese sonido que oímos es de cencerros... es la señal de que hemos llegado. —El cuerpo del viejo adquirió agilidad—. Hemos llegado... allá es el Encanto —y señaló el largo valle— más allá se encuentra mi casa, siento el olor de mi mujer y de mis hijos. —Al terminar de decir sus últimas palabras se encontró con el Chatío que yacía tirado en el suelo.



## La Pájara Pinta

Publicación de  
Editorial Universitaria  
Costado Nor-Oriente de la  
Facultad de Odontología,  
Ciudad Universitaria.

San Salvador,  
El Salvador, C. A.

Teléfono Dirección: 25-6604  
Ventas, Suscripciones  
y Anuncios: 25-6903.

# El Valle de las Hamacas

## Por Manlio Argueta

Tomado de el Diario La Nación, Buenos Aires, Argentina, 18-10-70.

(Sudamericana)

Los distintos planos para contar la historia de “El valle de las hamacas”, primera novela del joven autor salvadoreño Manlio Argueta —una historia de guerrilleros en América Central—; confunden al lector, transmiten en forma discontinua y deshilvanada la anécdota. Esta es la primera dificultad que encontrará en una obra que propone, por otra parte, una acción lo suficientemente atractiva como para despertar el interés general. Escenas logradas como las de las torturas policiales y el avance de los combatientes en la selva se ven perjudicadas por diálogos que diversifican la trama y nada agregan con sus pinturas psicológicas. La mezcla de formas narrativas, una vez más, entorpece el proceso de la novela, y las palabras de grueso calibre, empleadas en cada página, se suman a esa moda de descoyuntar gratuitamente la acción. En manos de García Márquez, por ejemplo, esta técnica cobra todo su valor y lo primero que ocurre con ella es que no se advierte. Empleada por Argueta, el resultado está al borde de la confusión, como si el autor quisiera ocultar, en verdad, lo poco que tiene que decir. La obra obtuvo por unanimidad el primer premio centroamericano de novela en el concurso auspiciado por el Consejo Superior Universitario Centroamericano, en el que actuó un jurado integrado por Emmanuel Carballo, Angel Rama y Guillermo Sucre.